



# RECENSIONI & SCHEDE

Ronald Hilton, *La Leyenda Negra y la Ilustración. Hispanofobia e hispanofilia en el siglo XVIII*, El paseo editorial, Siviglia, 2019, pp. 300.

Siguiendo el interés historiográfico de los últimos años por la “Leyenda Negra española”, la editorial sevillana *El paseo editorial*, tras el éxito con el texto de Sverker Arnoldsson, *Los orígenes de la Leyenda Negra*, traduce y publica por primera vez en español el fundamental volumen del académico británico Ronald Hilton. Esta obra apareció por primera vez en 2002 en francés con el título *La Légende Noire du 18e siècle* para la editorial electrónica *Historical Text Archive*. Por aquel entonces, como explican los editores, Hilton era profesor emérito de la Universidad de Standford, donde presidía la Asociación Mundial de Estudios Internacionales, un grupo de estudio que analizaba las relaciones internacionales desde 1965. Hasta ese momento, los distintos historiadores que se han ocupado de la Leyenda Negra se han centrado en los siglos XV y XVI principalmente. Los primeros estudios encontraron esta aversión a España en el mundo pro-

testante, que otros historiadores, como Sverker Arnoldson, rastrearon hasta Italia. Tomando ambas perspectivas, Hilton estudia cómo se mantuvo esta concepción de España durante el siglo XVIII. Según el historiador, aunque surgió en épocas anteriores, no fue hasta el siglo de la Ilustración cuando se manifestó la polémica entre hispanófilos y españolistas: «La polémica sobre España y el Imperio español había comenzado en Francia y en Inglaterra, antes de propagarse por España, donde ha sido un elemento esencial de la lucha política entre conservadores y liberales. Los demás países europeos, sobre todo Alemania e Italia, jugaron un papel secundario en la epopeya americana y en esta polémica sobre la Leyenda Negra» (p. 293). La investigación del profesor Hilton se divide en dos partes. En el primero ve exponentes franceses, miembros del mundo de las enciclopedias, que dieron forma a una determinada visión del país limítrofe con el sur. En la segunda parte, se adentra en el mundo anglosajón, donde aparecen diferentes variantes de acercamiento a España por parte de los viajeros británicos

en sus narraciones de la península ibérica.

La primera parte se divide en tres capítulos. En el primero, el autor se ocupa del abad Guillaume-Thomas Raynal, donde analiza la distinción que hace en sus primeras publicaciones entre la figura de Carlos V y la de Felipe II. Hacia el primero Raynal muestra una gran simpatía, mientras que hacia el segundo es evidente cómo ésta disminuye. Según Hilton, en el siglo XVIII era imposible hablar bien de Felipe II y, por tanto, Raynal en sus escritos no hizo más que trazar la desmesura de sus proyectos y la frialdad inhumana del soberano. Es diferente cuando se describe a Juan de Austria y a su sucesor en los Países Bajos, Alejandro Francés. De los diversos escritos del abad, Hilton considera que su principal obra es *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des européens dans les deux Indes*, publicada por primera vez en 1770 en Ámsterdam. Se sucedieron varias ediciones y reimpressiones hasta que, el 19 de diciembre de 1772, el Consejo Real de España condenó la obra por la mala imagen que en ella se describía, contribuyendo así a su fama. «La importancia de *Histoire philosophique et politique... deux Indes* estriba, en gran parte, en que no se trata de una obra personal de Raynal, sino más bien de un manifiesto de un grupo de filósofos. Por un lado, tenemos a Raynal, al que podríamos llamar tal vez ‘compilador’ y no ‘autor’ de *Histoire philosophique et politique... deux Indes*, que reproduce, sin mencionar la fuente,

páginas completas de otros escritores» (p. 28).

El segundo capítulo analiza lo que la *Grande Encyclopédie*, aunque le dedica poco espacio, dice sobre España. En este breve ensayo, Hilton introduce el pensamiento de los enciclopedistas, que servirá para inspirar el siguiente capítulo: «Los enciclopedistas sólo se muestran indulgentes con la lengua española. Todo lo demás se condena en bloque. Sería imposible escribir una descripción más desfavorable de España. Habría provocado una reacción mucho más virulenta si, en lugar de extenderse en una serie de artículos, se hubiera contenido en uno solo. El alma de la hispanofobia de la *Encyclopédie* es ese hombre considerado piadoso y moderado que fue el caballero Lous de Jaucourt» (p. 88). Hilton dedica un amplio espacio a demostrar la aversión del autor de la entrada “España”, Lous de Jacourt, hacia el país católico. Ronald Hilton, a través de otras palabras de la Enciclopedia, demuestra el rencor del escritor francés, que no perdió oportunidad de atacarlo.

El tercer capítulo trata de una obra menos citada hoy en día, la *Encyclopédie Méthodique*, donde apareció un artículo de Masson de Morvilliers que trataba de España: «El artículo sobre España que en ella aparece, obra de Masson de Morvilliers, causó una crisis entre España y Francia. Terminó su larga exposición sobre España preguntándose, ‘¿Qué le debe el mundo a España?’. La contestación claramente fue ‘nada’, y la

reacción en España fue virulenta» (p. 12). Hilton destaca una característica de Masson que le diferenciaba del resto de los detractores de España, y era el hecho de haber estado realmente en el país. Por tanto, según Hilton, los errores que se le atribuyen sólo pueden deberse a una redacción apresurada (p. 92).

La segunda parte, que consta de siete capítulos, aborda el estudio de las narraciones de la Península que daban los viajeros ingleses. El primero en ser analizado es Edward Clarke, quien, según el historiador, se atrevió a escribir un libro sobre España después de haber estado allí sólo en un corto viaje. Hilton insiste en que Clarke, en lugar de ofrecer una simple descripción de sus experiencias en tierras hispanas (p. 107), publicó en 1763 un volumen titulado *Letters concerning the Spanish Nation: Written at Madrid during the years 1760 and 1761*. El libro tuvo un gran éxito en su país, al contrario que en España, donde: «sólo la pasión nacionalista puede explicar los insultos con los que pronto los españoles empezaron a abrumarle. Según los españoles, Clarke sería el que había dado el pistoletazo de salida a todos los relatos de viajeros ingleses en España, en los que la Leyenda Negra había encontrado una nueva expresión» (p. 109). Hilton añade que, en el extranjero, especialmente los escritores que se ocuparon de los nuevos viajes en España fueron los más despiadados, de modo que su intención era demostrar que el más famoso, el

relato de Clarke, no servía para nada, y que sólo sus textos eran los necesarios. Los españoles criticaron principalmente el valor científico del libro, alegando que los escasos dos años que Clarke permaneció en España no fueron suficientes para captar todos los aspectos de la vida y la historia españolas, viendo en esta afirmación uno de los peligros del enciclopedismo del siglo XVIII.

El segundo sujeto estudiado es el italiano Giuseppe Marc Antonio Baretto, que hizo fortuna en Inglaterra tras algunas vicisitudes con el mundo académico en Italia. Tras varios viajes a España, en 1768 publicó en inglés *A Journey from London to Genoa, through England, Portugal, Spain, and France*. El libro fue inmediatamente bien recibido y le siguieron tres nuevas ediciones y una traducción al francés. Según Hilton, aun poniendo en entredicho la comprensión real de España por parte de Baretto y sus conocimientos históricos, en algunas ocasiones se le puede contar entre los autores hispanófilos (p. 157).

Hilton volverá a hablar de Baretto en el capítulo siete, donde aborda la polémica que le enfrentó a otro hispanista llamado John Bowle. Antes, contextualiza los estudios cervantinos en la Inglaterra del siglo XVIII, donde surge la figura de John Stevens, considerado un pionero del hispanismo inglés y traductor de obras españolas y portuguesas de Quedevo, Mariana y Sandoval. Como argumenta el profesor Hilton, hubo numerosas traducciones del Quijote al inglés en el siglo analizado: a la de

Shelton le siguieron las de Motteux, Jervas y Smollet. El historiador también sostiene que el interés británico por la obra de Cervantes no se debió a la interpretación filosófica o política que podía derivarse del libro, y por tanto a una especie de hispanofilia, sino a su valor literario y lingüístico (p. 167). Según Hilton: «El cervantinismo no era necesariamente una prueba de ispanofilia. Muy al contrario, los admiradores de don Quijote eran, por lo general, hispanófobos. Conocemos la célebre frase de Rica o, mejor dicho, de Montesquieu en sus *Lettres Persanes*: 'el único de sus libros que es bueno y que pone de manifiesto la ridiculez de todos los demás'. La situación es, efectivamente, de una complicación casi paradójica. Aquellos que consideraban *El Quijote* como una obra maestra de la literatura universal, la solían percibir como una sátira de la nación española, de suerte que el valor de la novela venía dado por el menosprecio que transpiraba hacia el país que la había producido» (pp. 176-177).

En el siguiente capítulo, como ya se ha mencionado, Hilton se interesa por la disputa entre los dos hispanistas Baretti y Bowle, cuyo español, según él, no conocían perfectamente. El italiano se expresaba de forma más positiva hacia España que el inglés Bowle, pero esto, señala el autor, no disminuyó las sospechas de muchos españoles hacia la hispanofilia de Baretti.

El octavo capítulo trata de lo que Hilton afirma ser un hispanófilo: «Por fin, entre tantos libros que exudan un desprecio profundo

hacia España, he aquí el relato generoso del viaje que realizó Richard Twiss, Esq., F.R.S. por España y Portugal durante los años 1772-1773» (p. 199). Publicó en el 1775, *Travels through Portugal and Spain in 1772 and 1773*, donde Twiss no parece sentir ni desprecio ni admiración por España. Según el historiador, Twiss no era realmente un hispanista, aunque no existían como tales en aquella época. Le gustaban los españoles como pueblo y escribió sobre ellos con admiración y simpatía.

Los dos capítulos siguientes tratan de los irlandeses William Bowles y Sir John Dillon y del británico Henry Swinburne, el último viajero importante del siglo XVIII. La obra del primero, comparada con la de otros viajeros, puede parecer breve, pero su método consistió en viajar constantemente por España para completar lo que él consideraba un grave desconocimiento de la historia natural de la península. El segundo naturalista irlandés, Dillon, intentó remediar del mismo modo la profunda injusticia que había sufrido y sufría España, a menudo a manos de los propios españoles que replicaban las tendencias extranjeras. Por último, Hilton analiza dos volúmenes de los viajes de Henry Swinburne por España y el sur de Italia: *Travels through Spain, in the years 1775 and 1776*, e il secondo *Travels in the Two Sicilies, in the Years 1777, 1778, 1779, and 1780*.

El libro se cierra con un capítulo de conclusiones y una nota bibliográfica de los personajes que ha tratado en cada capítulo. En las con-

clusiones, partiendo de la premisa de que en todos los países predomina una interpretación etnocéntrica del mundo y de la historia, relata su asombro a través de la experiencia de su maestro Salvador de Madariaga, de quien llegó a posicionarse en contra de la narrativa hostil a su país. Según Hilton, la *Leyenda Negra* del siglo XVIII se divide en dos partes: la visión exótica y a la vez miserable de España, y la narración de la conquista española de América. El historiador se pregunta si, enmarcando la cuestión en la historia de las ideas y de las relaciones internacionales, esta “Leyenda Negra” sigue existiendo hoy en día y si podemos seguir hablando de una “leyenda”: «El debate que hemos tratado no es más que un fragmento de un mosaico mucho más grande. Para completarlo, he pensado presentar una *Weltanschauung* (concepción del mundo) de representantes de diferentes corrientes españolas. Para mis primeros estudios monográficos he elegido al liberal Ramón de Campoamor y, como representante de la izquierda católica, a Emilia Pardo Bazán. Me ha faltado tiempo para estudiar a los representantes de otras corrientes españolas» (p. 294). Por último, queremos señalar que la lectura es fluida y precisa gracias al trabajo de traducción de Silvia Ribelles de la Vega; quien también se encargó, junto con la profesora María Elvira Roca Barea, de editar este volumen, que se ha convertido ya en un clásico en la línea de investigación que aquí se presenta.

Juan M. de Lara Vázquez

Giulio Sodano, *Elisabetta Farnese. Duchessa di Parma regina consorte di Spagna matrona d'Europa*, Salerno Editrice, Roma, 2021, pp. 478

«Elisabetta è figlia degli anni della crisi della coscienza europea». Riprendendo il titolo del pregevole saggio di Paul Hazard, Giulio Sodano inquadra con chiarezza il contesto in cui si svolse la vita, pubblica e privata, di Elisabetta Farnese. Grazie a una minuziosa e imponente ricerca archivistica, l'A. riesce infatti a restituire al lettore la complessità di un personaggio attraverso cui poter osservare e ricostruire gli equilibri che in Europa si andarono via via definendo tra la fine del XVII e la prima metà del XVIII secolo. Sono decenni convulsi, durante i quali le potenze europee sperimentarono assetti differenti, stipularono nuove alleanze e non si riconobbero più nei principi che avevano animato i conflitti della prima età moderna.

In un'epoca di transizione, tra assolutismo e illuminismo, Elisabetta Farnese giocò un ruolo di primo piano soprattutto all'indomani delle paci di Utrecht e Rastadt che misero fine alla guerra di Successione Spagnola. Quale sia stato il percorso che le consentì di ottenere tale ruolo costituisce una parte importante della ricerca condotta da Sodano, nella quale la dimensione personale e familiare e quella politica e di governo rimangono sempre fortemente connesse e costituiscono, di fatto, il filo rosso che lega i dodici capitoli in cui il volume si articola.

La capacità di condurre un'analisi che muova su livelli e registri

differenti è indubbiamente uno degli aspetti più interessanti. In continuità rispetto a un filone storiografico che negli ultimi anni gode di particolare fortuna, Sodano rivolge l'attenzione alla formazione personale, alle attitudini, alle passioni, alla cura per ogni forma dell'arte, non per delineare un profilo meramente prosopografico della Farnese, bensì per cogliere elementi utili a meglio comprendere il suo agire nel contesto cortigiano, le reti che costruisce per consolidare il potere suo e della sua casata, la scelta degli interlocutori, dentro e fuori la Spagna.

Elisabetta, consapevole di cosa significasse diventare regina consorte, dell'influenza che avrebbe potuto esercitare sul sovrano, non giunse impreparata alle nozze con Filippo V di Borbone, ma fu da subito promotrice di una chiara strategia per assicurare i ducati di Parma e Piacenza alla sua discendenza e per consolidare il peso politico dei Farnese nel contesto europeo. Aspirazioni di madre che coincisero in larga parte con le aspirazioni della Monarchia che l'accolse.

Come sottolinea l'A., la figura di Elisabetta irrompe in un "Paese in fermento". La morte prematura della prima moglie di Filippo V, Maria Luisa di Savoia, e l'arrivo a corte del Cardinale Giulio Alberoni – capace di scardinare in poco tempo la funzione del sistema polisnodale a favore della forma di governo per *via reservada* – avevano posto le premesse a dei profondi cambiamenti che, seppur affondassero le loro radici a corte, si irradiarono rapidamente nel più ampio tessuto della Monarchia,

a partire dai rapporti fra Corona e *grandes* di Spagna. Contestualmente, sul piano internazionale, l'insoddisfazione per gli accordi raggiunti alla fine del conflitto di successione spingevano il re a pianificare strategie che consentissero di riscattare la "perdita di reputazione" e restituissero un ruolo egemonico alla Monarchia. È in questo contesto che Elisabetta, senza avere la necessità di imporre proprie aspirazioni, ma agendo sempre di comune accordo col sovrano, riuscì a coniugare le esigenze dinastiche dei Farnese e quelle della Spagna borbonica, desiderosa di riconquistare l'antica supremazia nel Mediterraneo e recuperare posizioni perdute in Italia. Il risultato fu, in primo luogo, la riconquista del regno di Napoli e la successiva decisione di affidarne il governo all'infante Carlo.

La questione dirimente legata all'asse ereditario per i propri figli (quando Carlo si insediò a Napoli, l'infante Filippo ottenne il titolo di duca di Parma e Piacenza), fu affiancata dalla pianificazione di una politica matrimoniale che nulla avrebbe lasciato al caso. Ancora una volta è il duplice livello (familiare e più ampiamente politico) a mettere chiaramente in luce quanto Elisabetta fosse attenta a muovere sapientemente le pedine nella scacchiera del Vecchio Continente, al fine di assicurare alle proprie figlie unioni con eredi di troni europei. La primogenita Mariannina, fallito il tentativo di convolare a nozze col sovrano di Francia, divenne regina del Portogallo, e un'altra figlia sposò il re di Sardegna.

Non è dunque difficile intuire come si fosse diffusa in Europa nella prima metà del XVIII secolo, una dinastia Borbone-Farnese, proprio grazie all'attenta lungimiranza di Elisabetta. Una dote indubbiamente alimentata dalla sua formazione – è l'A. a sottolineare quanto avesse assorbito della ricchezza culturale delle corti italiane – e a cui si univa una “semplice leggerezza” (paragonata da Sodano al rococò), che la rendeva agli occhi dei sudditi più vicina e gradevole del sovrano, solitario e schivo.

Il percorso della Farnese vide il suo passaggio da regina consorte a regina madre. In mezzo fu attrice protagonista di una serie di eventi e congiunture che cambiarono gli equilibri locali e internazionali: regina di fatto dal 1729 al 1733, vedova dal 1746 – proprio alla vigilia della sfavorevole pace di Aquisgrana del 1748 – e dopo il breve regno del successore di Filippo, Ferdinando VI, *gobernadora* in attesa dell'incoronazione del figlio. Ma l'ascesa di Carlo al trono di Spagna, nel settembre del 1759, mostrò una Elisabetta profondamente diversa dalla donna che si era imposta negli scenari di corte nella seconda decade del secolo. È ormai, per usare le parole di Sodano, «una sopravvissuta d'altri tempi». La cerimonia che si celebrò davanti al palazzo del Buen Retiro fu un avvenimento situato «in un tempo che non è il suo» (p. 9). È la chiusura del cerchio. L'inizio di un'altra storia, di un altro quadro geo-politico, al quale la Farnese sa e sente di non appartenere più.

Il volume induce il lettore a confrontarsi con tematiche, dibattiti,

questioni storiche e storiografiche tutt'altro che semplici e definite, consentendogli al tempo stesso di orientarsi in base alla propria sensibilità e ai propri interessi. La ricerca può essere così uno strumento prezioso per leggere la storia al femminile (ambito nel quale l'A. si è precedentemente mosso, tracciando la biografia di Maria Carolina d'Asburgo Lorena), o per misurarsi con la controversa tradizione ritrattistica e mitografia della Farnese: da donna furba e intrigante, spregiudicata nel raggiungimento di personali obiettivi – così come la storiografia francese sovente la dipinge – a regina colta e animata da una sana ambizione, supportata da una buona conoscenza delle dinamiche politiche internazionali.

Ugualmente il saggio è un importante tassello per comprendere le complesse vicende politiche che nella prima metà del Settecento modificarono i rapporti di forza, non soltanto nel continente europeo. Infine, suggerisce quale sia il modo per leggere le dinamiche di corte, rifuggendo dall'idea che le fazioni e i gruppi di potere fossero definiti e cristallizzati in una immutabile contrapposizione e mettendo in evidenza, invece, quanto i contesti fossero fluidi, e con quale rapidità i protagonisti potessero sciogliere e ricostruire alleanze. Una storia che lega luoghi e attori – non soltanto quelli in cui la Farnese agì o con i quali ebbe relazioni dirette – e che muove nel tempo, cogliendo quei mutamenti che aprirono a una società e a stili di governo tipici di un'altra epoca.

Valentina Favaro

Vincenzo Trombetta, *La stampa a Napoli nell'Ottocento. Una storia per generi editoriali*, Olschki, Firenze, 2022, pp. 260

Il volume *La stampa a Napoli nell'Ottocento*, recentemente pubblicato da Olschki all'interno della nota collana *Biblioteca di Bibliografia* diretta da Edoardo Barbieri, viene ad arricchire il panorama delle conoscenze sulla produzione tipografica italiana. L'Ottocento editoriale ha ricevuto dagli storici e dai bibliografi un'attenzione scostante, a corrente alternata. Periodo troppo ravvicinato, forse, per quegli studiosi del libro stampato che, tra il XIX e l'inizio del XX secolo, hanno iniziato a consolidare e modernizzare le basi delle scienze bibliografico-documentarie; e considerato trascurabile, ancor più coerentemente ma forse a torto, da quei bibliologi i cui filoni di ricerca riflettono una tendenza (in qualche modo *mainstream* ancora oggi) a focalizzare la storia dell'arte tipografica esclusivamente entro una prospettiva estetico-antiquaria, in cui inevitabilmente i secoli più lontani guadagnano maggiore rilievo e attenzione rispetto a quelli più prossimi a noi.

Di segno completamente diverso è stato l'approccio di Vincenzo Trombetta, durante la sua lunga e feconda carriera di studioso, all'approfondimento dell'editoria napoletana. Piuttosto che ripercorrere i sentieri, in larga parte già battuti da altri, dei primordi dell'arte di Gutenberg nella capitale del Mezzogiorno d'Italia, l'autore de *La stampa a Napoli nell'Ottocento* per molti anni ha condotto un'analisi puntuale sui secoli

del consolidamento della produzione editoriale (dal Seicento all'Ottocento), attraversandoli con numerosi affondi tematici (la politica bibliotecaria del governo borbonico, la costruzione e lo sviluppo delle raccolte nelle biblioteche pubbliche, l'apporto degli ordini religiosi, la circolazione e il commercio del libro, il regime di funzionamento delle tipografie locali, l'analisi dei paratesti editoriali, e molto altro). Quest'ultima monografia, pertanto, andrebbe interpretata dalla prospettiva di un dialogo intertestuale con buona parte degli studi pregressi di Trombetta (opportunitamente citati nell'*Introduzione*), dei quali per alcuni versi costituisce una sintesi ragionata e un punto d'arrivo, per altri versi una sfaccettatura del tutto nuova e complementare. Si tratta, come ricaviamo dal sottotitolo, di «una storia per generi editoriali». L'opera, pertanto, non ha un carattere annalistico-enumerativo ma piuttosto mira, con taglio squisitamente storiografico, a enucleare alcuni macro-fenomeni che caratterizzano l'editoria partenopea, registrandone le principali tendenze evolutive e gli scenari culturali che le politiche pubbliche e la capacità imprenditoriale degli artieri del libro hanno contribuito a delineare nel periodo considerato. Come avverte la quarta di copertina, a questo scopo «è risultato necessario inquadrare lo sviluppo dei generi individuati nella successione degli scenari storici e politici che si avvicendano a Napoli: dal Decennio francese all'età borbonica, fino agli anni postunitari».

Tale scelta di metodo appare molto felice e appropriata: la produ-



zione tipografica ottocentesca non è stata osservata seguendo schemi astratti o preconetti, ma seguendo il dipanarsi delle macro-tendenze editoriali in rapporto alla cronologia degli eventi locali, e questa libertà di analisi senza dubbio ha conferito freschezza e vivacità di spunti al percorso storico seguito dall'autore. La prima sezione è incentrata sul Decennio francese (1806-1815); al capitolo iniziale, dedicato alle materie sviluppate nel *Corriere di Napoli*, segue un approfondimento specifico sull'editoria musicale nel medesimo arco di tempo. La sezione centrale (la più corposa), riguarda l'età borbonica (dalla Restaurazione all'Unità); in particolare, nel terzo capitolo del suo libro Trombetta prende in esame l'editoria scientifica, nel quarto e quinto due filoni molto in voga in quel periodo, cioè rispettivamente la letteratura odepórica e le pubblicazioni a carattere antiquario, per poi soffermarsi, nel sesto capitolo, sull'editoria di committenza pubblica, con un significativo caso di studio, il periodico *Annali civili del Regno delle Due Sicilie*, concepito per documentare l'efficacia dell'azione politica della monarchia dei Borbone nei diversi rami dell'amministrazione pubblica. Nella terza e ultima sezione, dedicata al periodo post-unitario, trova posto una rilettura delle iniziative tipografiche di matrice cattolica (settimo capitolo), e dell'editoria scolastica (ottavo capitolo).

L'operazione di scandaglio compiuta da Trombetta appare meritevole di attenzione anche per le indubbe potenzialità che presenta con riguardo all'auspicabile fioritura di

studi comparativi che riguardino un medesimo aspetto della storia editoriale osservato da diverse latitudini: fenomeni cruciali quali, ad esempio, lo sviluppo dell'editoria scolastica prima e dopo l'Unità d'Italia, oppure l'organizzazione, le finalità, la tenuta finanziaria delle Stamperie reali nei diversi stati preunitari, si prestano senz'altro a più ampi approfondimenti, stimolando ulteriori studi e ricerche che possano permetterci di riempire con nuove tessere il mosaico ancora troppo lacunoso delle conoscenze a nostra disposizione sull'editoria italiana in generale e, più specificamente, sulla storia del libro nella fase immediatamente successiva al passaggio dall'*Ancient Régime* tipografico alla stampa nella società industriale.

Domenico Ciccarello

Valerio Torreggiani, *Uniformità, Frammentazione e Conflitto. Capitalismo e azione collettiva nell'Italia liberale (1861-1914)*, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 2022, pp. 137

Il tema dell'azione collettiva ha suscitato un interesse discontinuo nella storiografia italiana, spesso confuso o sovrapposto allo studio dei gruppi di potere o di rappresentanza, ma non sempre analizzato nella sua natura economica. Sicuramente la questione era stata già trattata dagli economisti classici quali Smith e Ricardo, che nei gruppi sociali vedevano gli attori principali del sistema capitalistico. Adam Smith evidenziava il ruolo di specifici gruppi di

interesse padronale già alla fine del Settecento, mentre David Ricardo ne sottolineava l'azione di divisione della ricchezza (proprietari terrieri e possessori di capitale). Infine, sicuramente, è a Karl Marx che si deve l'analisi più sferzante dei gruppi di interesse economico-padronale, finalmente definiti capitalisti, e la loro contrapposizione "fisiologica" con la restante parte degli attori economici, ossia il proletariato.

Come ampiamente evidenziato da Valerio Torreggiani, la concezione classica di azione collettiva si è arricchita nel corso del tempo di nuovi contributi interpretativi, apportati dal progredire della ricerca sociale e, naturalmente, dalle trasformazioni proprie del sistema economico che sono passate attraverso fasi di accentuata industrializzazione, stagnazione, globalizzazione e crisi, in un susseguirsi ciclico di eventi che, a ben vedere, ha portato a scomposizioni e ricomposizioni di interessi. In questo modo, l'azione collettiva e il ruolo delle associazioni di interessi economici, hanno portato Max Weber a considerare queste due fattispecie elementi importanti alla comprensione della società, proprio nel momento in cui la società europea o più in generale "occidentale" raggiungeva un elevato grado di industrializzazione, anche attraverso la globalizzazione del mercato.

Gli scienziati sociali, già alla metà del secolo scorso, partendo dallo spunto investigativo weberiano, hanno iniziato ad analizzare la razionalità del modello associazionistico. In questo modo, il concetto di imprenditore è, per così dire, stato

liberato dall'idea che il profitto potesse essere il frutto esclusivo di una corsa solitaria, dimostrando come questo fosse anche il frutto di comportamenti cooperativi. L'associazionismo imprenditoriale e, conseguentemente l'azione collettiva, sono diventati – nell'ambito dell'economia marginalista – un comportamento economicamente razionale. Comportamento che – nelle parole di Martignelli, Schmitter e Streeck, riportate dall'Autore – agisce ed esiste per precise ragioni strategiche, svolgendo un ruolo significativo nel processo politico.

Mancur Olson, da questo punto di vista rappresenta la declinazione, arrivata a fine anni Sessanta del secolo scorso, della razionalità associativa rispetto agli interessi particolari degli imprenditori, evidenziando come l'associazionismo riduca i costi di partecipazione al gruppo di interesse. Negli anni Ottanta del Novecento, l'approccio razionalista dell'azione collettiva venne messo in discussione dalle tesi di Claus Hoffe e Helmut Wiesenthal, i quali scissero, per così dire, l'azione collettiva di parte padronale da quella dei lavoratori, sottolineando la diversa natura delle due tipologie. In particolare, l'associazionismo dei lavoratori era la genesi di un processo dialettico e non consequenziale al capitalismo, mentre l'associazionismo padronale era esso stesso elemento fondativo del sistema capitalistico.

All'interno di questo serrato dibattito teorico, che di fatto permea la scienza economica sin dal momento della sua formalizzazione, largamente e dettagliatamente analizzato

nella corposa introduzione, Torreggiani inserisce il suo caso di studio, ossia l'associazionismo padronale italiano durante il periodo liberale, con un particolare riferimento al settore creditizio. È molto interessante la scansione temporale adottata a riguardo della formazione e composizione degli interessi economici di agrari e industriali. In particolare, il riferimento storico è a tre periodi definiti: la formazione e il consolidamento di interessi omogenei tra l'Unità Nazionale e la crisi agraria (1881); la frammentazione degli interessi con la conseguente nascita di nuove realtà rappresentative nel periodo che vede la fine dell'agricolturismo e del libero scambio in Europa alla fine del XIX secolo e, infine, l'azione collettiva nella fase di industrializzazione avanzata dell'Italia e la nascita del conflitto sociale nel primo quindicennio del Novecento.

Con un chiaro riferimento agli scritti di Gramsci, l'Autore individua nella formazione del blocco egemone degli agrari al momento dell'Unità Nazionale la nascita di un comune interesse economico. Le classi borghesi che avevano spinto per l'unificazione del Paese sono le stesse che dopo la proclamazione del Regno d'Italia si compattano per perorare e perseguire i propri interessi economici, che rientrano in un contesto interazionale di libero scambio nel quale l'Italia è un fornitore di materie prime agricole, grezze o semi-lavate. Nel medesimo periodo, gli interessi industriali muovono i primi passi all'interno di una logica collettiva, aggregandosi intorno alle realtà manifatturiere tradizionali come la

seta e la lana. Secondo Torreggiani, tale processo prosegue più o meno indisturbato fino alla frattura provocata dalla crisi agraria degli anni Ottanta dell'Ottocento, con la messa in discussione del modello libero-scambista e il crollo della produzione cerealicola italiana.

La seconda fase, che si colloca negli ultimi vent'anni del XIX secolo, vide una radicale trasformazione del tessuto economico nazionale, derivante dal progredire della cosiddetta "seconda rivoluzione industriale", dal diffondersi dell'industria, soprattutto nell'Italia settentrionale e da una modifica nel livello dei consumi. Tutte queste trasformazioni portarono alla emersione di interessi economici variegati, non più divisi solo tra "agricoli" e "industriali" ma all'interno del settore secondario ben evidenti apparvero le richieste ed esigenze rappresentate da gruppi di potere anche distanti tra di loro. Gli industriali tessili, metalmeccanici, elettrici, chimici e alimentari, rappresentavano la nuova geografia economica italiana e, allo stesso tempo, ne rappresentavano il grado di frammentazione.

La terza fase, che l'Autore data tra il 1898 e il 1914, come noto, coincide con la fase di industrializzazione avanzata dell'Italia e con quella che prende il nome di "età giolittiana". Il contesto socio-economico italiano è profondamente mutato. La polarizzazione degli interessi dei lavoratori intorno ai due grandi gruppi dei braccianti e degli operai ha fatto sì che si evidenziasero sempre di più le diseguaglianze economiche derivanti da una cre-

scita ineguale, innanzitutto dal punto di vista geografico, ma anche in termini di distribuzione della ricchezza tra “classi proprietarie” e “classi lavoratrici”. L’Autore illumina molto bene questa fase di conflitto che germoglia già durante il periodo crispiño con le rivendicazioni dei braccianti siciliani e che prosegue nei primi anni del ventesimo secolo con le lotte delle leghe nella pianura Padana. La tensione aumenta in corrispondenza della crisi finanziaria del 1907 e del suo impatto negativo sul sistema produttivo industriale italiano, con la contrapposizione sempre più marcata tra associazioni padronali, ad esempio quella degli industriali di Torino e associazioni dei lavoratori. In questa fase, l’Autore dettaglia con precisione il ruolo avuto dal governo che, se al momento dell’Unità nazionale aveva fatto leva sui gruppi di interesse per accelerare l’unificazione economica del Paese, ora con Giolitti “arretrava”, abdicando parzialmente al suo ruolo di mediazione e lasciando le forze di mercato – capitale e lavoro – a trovare nuovi e autonomi equilibri.

L’ultimo e più intenso capitolo del libro è dedicato al caso del settore

creditizio e al ruolo dell’associazionismo al suo interno. Come sottolineato da Torreggiani, si tratta di un caso peculiare dal momento che il settore del credito, sviluppatosi più tardi rispetto ad agricoltura e industria, sin da subito ha manifestato un minore grado di tensione interna. Le ragioni di questa ridotta conflittualità risiedono, probabilmente, in una maggiore convergenza di interessi di tutti gli *stakeholder* e dall’affermazione, sin dagli anni Sessanta del XIX secolo di forme creditizie associative come le banche popolari, le casse rurali e le casse di risparmio che, da una parte hanno agito come “camere di compensazione” della domanda di credito a livello locale e dall’altra hanno offerto un parziale contrappeso rispetto alle grandi banche nazionali. Ciò che appare evidente è che l’associazionismo in ambito creditizio, inteso come formalizzazione di gruppi di interesse, nasce solamente alla fine del periodo liberale, in maniera più sistematizzata, con l’ABI nel primo dopoguerra, proprio in risposta sia alle mutate condizioni istituzionali del Paese, sia ai disastri causati dalla Grande Guerra.

Roberto Rossi